

CAPITULO XIV.

DAMA Y GALAN.

I.

La hija del tío Pablo escuchó pisadas y vió unos bultos que se deslizaban en el patio interior de la casa. Llamóle la atención ver á una mujer entre aquel grupo de hombres, y sin poder contener su curiosidad se acercó.

—Hija mia, dijo el tío Pablo, te necesitaba para hacerte un encargo.

—No hay mas que hablar.

—Esta señorita es novia de un caballero amigo mio, se encuentra perseguida y no tiene mas apoyo que nosotros; yo la fio á tus cuidados, ya sabes cuanto es mi amor hácia á tí, y jamas te pondria en contacto con una mujer que no fuera digna de tu amistad.

Rosalía levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Luisa y un rayo de simpatía se cruzó entre aquellas almas hermanas.

—La señorita, dijo Luisa, me inspira un gran interes, desde luego le ofrezco mi amistad si ella se digna aceptarla.

Rosalía tomó entre sus manos la mano que la jóven le presentaba y la cubrió con sus lágrimas.

—Aquí, dijo Luisa, aquí sobre mi corazon; desde hoy seré la confidenta de vuestros sufrimientos; venid, venid conmigo.

—Ya lo sabía, dijo el tío Pablo, viendo la nobleza de su hija, sobre que he dicho que eres un ángel! vamos, esta criatura va á acabar por hacer de mí otro hombre.

Luisa tomó del brazo á la jóven hija de Treviño y la introdujo en su departamento.

—Sentaos y decidme que deseais?

—Nada, todo lo que ha pasado me parece un sueño, no sé si estoy despierta ó sigo en esta pesadilla horrible.

—Pobrecilla! exclamó Luisa, tratando de tranquilizar á la jóven.

—Hace algunas horas que la Inquisicion trataba de apoderarse de mí; despues una mujer, un ángel salvador, me sacó de esa terrible casa donde se tramaba contra mi honor, despues... un rapto..... no sé quien me ha traído aquí, debe ser la Providencia que nunca me ha abandonado!

—Sí, dijo Luisa, la Providencia, porque aquí nada teneis que temer; mi padre es un hombre burdo, mal educado, pero tiene buen corazon; ademas, que sois mia, enteramente mia, y no consentiré jamas en nada que pueda ofenderos ni molestaros.

—Y conoceis á la persona que me ha traído á vuestra casa?

—Sí, es el capitan don Félix de Quintanar, guapo, mozo, galan, enamorado y hombre de aventuras; pero de honor á toda prueba.

—¿Y qué objeto le llevaría al arrancarme de esa mujer, que me llevaba yo no sé dónde?

—No lo sé, él venia acompañado de un jóven que le llamaban Pedraja.

—Dios mio!..... estoy salvada.

- Luego conocéis á ese caballero.
- Sí, es mi novio, con él he venido á México, estamos próximos á casarnos, seguramente él aconsejó al capitán lo del rapto.
- No hay duda, puesto que teneis tales antecedentes.
- ¿Y se ha ido?
- Aquí no entra ningún hombre, respondió la jóven.
- Pero yo, si lo teneis á bien, desearia verle; de él depende mi porvenir, yo os lo suplico.
- Bien, lo vereis, es muy justo, mañana vendrá aquí, y entónces ----
- Sí, delante de vos declarará ese hombre que no es mi amante y la pureza de sus intenciones.
- Bien, bien, se hará como vos lo deseais.
- Gracias, gracias!
- Ahora esperadme, la una acaba de sonar y necesitamos recogernos; conque adios y descansad.
- Adios.
- ¿Cómo os llamais?
- Rosalía.
- Hermoso nombre.
- ¿Y vos?
- Luisa.
- Pues bien, Luisa, hasta mañana.
- Adios, Rosalía.

II.

La hija del tío Pablo se marchó en seguida al postigo por donde el capitán don Félix debía penetrar á la casa donde se verificaria la cita concedida por Amparo.

El tío Pablo introdujo á don Félix.

- Mi hija lo quiere, decia el viejo, luego debe estar muy bien hecho y muy bien pensado.
- Venid, caballero, dijo la jóven, tomaos de mi brazo, no conocéis el terreno y podríais haceros mal.
- Sea en buena hora, respondió don Félix, y entregando su mano á Luisa atravesó los patios, entró en un corredor y se halló de improviso en la cámara de la señora de sus pensamientos.
- Al aspecto de tanto lujo y riqueza, el jóven tuvo una sospecha y frunció el ceño con visibles muestras de descontento.
- Pasad, caballero, que la señorita os aguarda.
- Don Félix penetró animosamente y se halló frente á frente de Amparo, que estaba inmensamente hermosa.
- Señora, dijo algo cortado el capitán, me siento tan feliz en este momento, que falta hasta el aliento en mi pecho.
- Sentaos, capitán, respondió dulcemente la enamorada jóven.
- Don Félix se dejó caer en aquel estrado y aproximándose sin querer á Amparo, que lo atraía como el pájaro á la serpiente, le dijo:
- Habeis consentido en hablar conmigo, y os estoy profundamente agradecido.
- Estoy ansiosa por saber lo que me teneis que decir, caballero.
- No lo adivináis?
- Os confieso que no.
- Pues oidme.
- Ya os escucho.
- Capitán humilde de los guardias del virey, rondaba por estos suburbios mas bien por dar vuelo á mi mal humor, que por guardar el orden en la ciudad.
- Eso se comprende desde luego, dijo sonriéndose la jóven.
- Una de esas noches en que parece conjurarse el cielo en nuestra contra, llegué al cementerio de esa capilla triste de Santiago, me senté en el quicio, y dormí profundamente. Los

soldados de la patrulla no quisieron despertarme, pero la campana que llamaba pausadamente á la misa, me hizo volver de mi sueño. Levantéme de aquel sitio; el aire era tan penetrante, que me entré en el templo esperando que amaneciese.

—Luego no estabais ahí por devocion?

—No sé mentir, señora.

—Proseguid.

—Apoyado en la fuente del agua bendita, veia entrar á los vecinos, cuando llegó una dama cubierta completamente con su velo, y seguida de una doncella y dos pages. Acercóse á la fuente, entónces instintivamente le presenté el agua, que ella tomó con sus dedos blancos y delicados. Al traves de aquel velo centellaban dos ojos como unos soles y se trasparentaba el marfil purísimo de su frente. Cuando aquella dama murmuró con voz imperceptible: "gracias, caballero," aquel acento me pareció un remedo de la voz de los serafines. Adelantóse por la nave semioscura y entre las sombras crepusculares distinguí un talle gallardo y una magestad que subyugó mi corazon y todos mis sentidos: yo amaba á aquella mujer, no sabia quien era, no lo sé aun y sin embargo la idolatro. No pensé seguirla por temor de ofenderla, y esperé el domingo siguiente buscando ansioso y delirante la ocasion de verla; ella me encontró en el mismo sitio, y yo volví á tocar aquella mano encantadora á cuyo contacto me estremecia por un afan desconocido.

Pasaron así tres domingos; entónces comencé á rondar estas calles sin saber la puerta por donde se entraba mi desconocida, ni aun podia sospecharlo; la casualidad hizo que encontrase mas tarde á vuestra doncella, que me hizo jurar bajo mi palabra de honor que no la seguiria.

Yo lo hice, y lo he cumplido, contentándome con dirigirle unas letras, manifestacion apasionada de mi cariño. Un dia, señora, el mas feliz de mi existencia, recibí un aviso de que se me concedia una cita. Ese momento que he esperado un año, un año mortal en que he apurado los sufrimientos mas espanto-

sos y las contrariedades mas terribles; pero al fin estoy á vuestros pies, al fin puedo acercarme y deciros con la voz del alma que os adoro!

—Alzad, capitán.

—No, yo debo estar de rodillas; despreciadme ahora si os place, arrojadme de vuestra presencia, mi alma está satisfecha con haberme acercado á vos.... perdonadme, sí, necesito vuestro perdon, por haberos amado; pero Dios ha encendido en mi alma este fuego inestinguible.... eterno.... insaciable!....

Arrebatada la jóven por el lenguaje apasionado del capitán, oprinió su mano contra su pecho y le dijo excitada por el cariño que se revelaba en su alma:

—Don Félix, apelais á la verdad de mis sentimientos y yo debo corresponder á ese llamamiento; os amo, pero entre los dos hay un abismo, os he hecho venir hasta aquí para daros una despedida eterna.

Don Félix inclinó su frente como herido por un rayo.

—Es increíble! murmuró el desgraciado.

—Y sin embargo, es la verdad.

—Pero una verdad espantosa!.... Llegar á las puertas del cielo, hablar con los ángeles, ver los horizontes de luz del porvenir para hundirse despues en el abismo sin fondo de la desgracia!.... aceptar para siempre esa noche sin término del olvido.... de la muerte! no no, la muerte seria un bien, porque ella es la cesacion del sufrimiento, el signo de ese llanto arrancado á las tribulaciones amargas del espíritu!....

—Callad por cómpasion! ved que yo participo de vuestras angustias; pero creedme, este es un amor imposible, un amor que causaria mas desgracias aun que la nuestra.

—Decidme al ménos si me es dado á costa del sacrificio mas grande que se conoce en el ánimo inspirado de un hombre, salvar los inconvenientes que me rodean.

—Respetad mi secreto.

—Señora, en nombre del cielo sacadme de este caos espantoso en que me habeis lanzado.

—Os digo que es imposible, capitán.

—Pues bien, yo no retrocedo un paso, no sé con quien voy á luchar, las tinieblas me rodean; pero yo no busco ya mas que la muerte.

—Y quereis la mia?

—No, no, pero vos decís eso para retraerme.

—Os encuentro superior á los demas hombres, valiente, generoso, y me duele veros sobre una senda que va á parar á un abismo.

—Hasta ahora, señora, nada me ha amedrentado; pero aun suponiendo que hubiese sentido miedo, delante de este amor inmortal me haria un héroe!

Levantose don Félix y tomando su sombrero dijo profundamente á la jóven:

—Adios, mi destino está echado, desde hoy camino con una venda en los ojos; ignoro donde me llevará este frenesí, pero estoy decidido á todo; os pido perdon anticipadamente, sé que voy á causaros males incalculables, os ruego que no lo achaqueis á falta de consideracion ni de generosidad, pero no tengo dominio sobre mi espíritu, os repito que voy arrastrado por un torrente impetuoso, envuelto en las olas tumultuosas de la desesperacion.

—Os tengo miedo, capitán, y me arrepiento de haberos hecho concebir una esperanza haciendo llegáseis hasta mí. Sea lo que fuere, capitán, yo estoy en la atmósfera del infortunio y no agravareis mi situacion.

Don Félix se sintió helado ante aquella mujer, que veía con desden la carrera de sacrificios que intentaba emprender en un rasgo de su carácter romancesco.

—Vuestro valor, vuestra abnegacion, cautivarían á un corazón ménos expansivo que el mio, que converge hácia lo grande y lo sublime.

—Lo sé, señora, y por eso os amo con delirio.

—Caballero, puesto que insistís en vuestro amor, es necesario revelaros el misterio de mi existencia.

Don Félix tomo asiento y esperó á que la dama comenzase su relato.

III.

Oscurecióse un tanto el semblante de Amparo como si acudiese á su faz la tormenta de sus recuerdos.

—Nací en uno de los pueblos mas humildes de la Península, mi padre era uno de los capitanes mas antiguos del ejército español, cuando á consecuencia de sus años colgó su espada y se retiró á la vida de familia. Yo tendria cinco años, crecí á su abrigo, y todos sus ahorros se invirtieron en mi educacion. Desde luego me hice notable por esta circunstancia, en aquellos tiempos en que se descuidaba tanto la instruccion de la mujer. Mis maestros tomaron empeño tan decidido, que revelaba á la memoria los hechos mas gloriosos de nuestra historia y sabia mucho de lo que hoy ignora la sociedad distinguida de nuestro país. En aquella época, acaso la mas feliz de mi vida, la muerte vino á arrebatarme á mi padre y quedé huérfana y desamparada.... Perdonad, caballero, si aun pago con estas lágrimas un tributo á ese desgraciado anciano, sombra protectora de mis primeros años!....

Don Félix escuchaba con vivo interes á aquella mujer, absorbiéndola con sus miradas y con su aliento.

—Uno de mis maestros me presentó en la corte como á la hija de Alfonso Núñez el veterano, y el rey me acogió con tal solicitud, que á los pocos dias me hizo dama de la reina María Luisa. Vos no conoceis, capitán, las intrigas de la corte; comenzaron á llenarme de acechanzas, á requerirme de amores, á